

EMILIO ORIBE. — *LA SERPIENTE Y EL TIEMPO*. — Montevideo, 1936. — A la manera de las obras precedentes, *Avión de Sueños*, *Los Altos Mitos*, *El Rosal y la Esfera*, aparece el nuevo album de Emi-

lio Oribe en edición limitada, sólo accesible a un núcleo privado de lectores. Se une este motivo a la calidad original del poema, para que le consagremos el espacio requerido por su comentario, y por frecuentes transcripciones y glosas que reflejen su belleza.

El poeta llama *misterio*, reminiscencia medieval y helénica, a la serie de catorce sonetos inspirados, más que en el tema bíblico y tradición milenaria de los pueblos, en el drama fáustico del conocimiento. Sobre la fábula sencilla y sus símbolos primordiales, la psiquis trazará el diagrama irresoluble.

*Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo
toda ciencia trascendiendo.*

La voz de San Juan de la Cruz preludia el canto, vibra suspendida e ilumina con luz cenital el torturado episodio en la escena terrestre.

La parábola de la vida humana comienza con una anunciación en los jardines del Edén idílico.

I.—*Lo que en sueños yo vi fué un astro o un ave.
Paloma pudo ser, que en los senderos
del edén daba custodia a unos corderos,
y en mi hombro anidó su plumón suave.*

*y trepó una serpiente los aceros
de mi torso, alcanzándome una clave
en la boca. Y vi pájaro y serpiente
y clave: a iluminarme iban la mente.*

*Quise explicarme el mundo recién hecho.
En miles de años calentóme el pecho
la serpiente con plumas de paloma.*

Eva y la áurea serpiente; rayo inquiridor y tibio vuelo, esencias estremecidas de la Vida, el Tiempo y la Inteligencia. El mito, de fuerte plástica, ha sido recreado en una dimensión nueva, que no alcanza a transponerse cuando intentamos incluir la conciencia de lo insondable, de tan alto signo, en el concepto vertido por el poeta: *En un principio Adán pudo percibir el tiempo y la eternidad en el mismo plan inteligible del universo recién creado; después del episodio de la serpiente sólo recibirá la imagen del acontecer momentáneo.*

Perdido el paraíso, el proceso del saber humano halla en la expresión dinámica ecos de su grandeza y límite.

II.—*Fuí el Adán que en mudanza de absolutos
arroja al éter cifras en cortejos.*

*Una razón mendiga de ella emana
desde entonces; su gesto engendra hastío.*

Prosigue la interpretación mágica del universo:

III.—*La manzana es el cosmos, plasma lleno
de gérmenes.*

El hombre discierne las fuerzas diomisiacas de su naturaleza.

*Miro en lo elemental machos cabrios:
Sus pies han de danzar como los míos.*

Sólo tinieblas:

. . . los puentes me han dejado.

Y cierran acto del ciclo, constituyendo un eje del misterio los versos siguientes, donde la aliteración multiplica la sonoridad de sus rimas internas.

IV.—*Al fin te ha de volver al mismo ciclo
la alondra que te alumbra sobre el hombro.*

V.—*Llora la carne, y ser semilla y siembra
y hambre de no morir, en sueños quiere.
Canta inmortalidad la lengua y muere.
Rey con tal hambre el hombre va a la hembra.*

Desde la nuda edad remota, lo femenino eterno inicia su escala de sublimaciones. Y culminará en el rostro resplandeciente de Beatriz cuando realice Dante su ascensión, de ciencia en ciencia, hasta el Empíreo.

El rumor del orbe, la voz del tiempo, el jaque del caos y lo posible, no asordinan la batalla sostenida por ejércitos de nombres bajo el arco de la frente humana. (VI).

Surge la idea:

VII.—*Un pájaro entreabre sus ojillos
en mi cráneo, y me hurta las vituallas
de símbolos.*

Alea inquietante. Se respira aún el hálito diluvial; y en el tiempo sinuoso medido por el pasaje veloz de sus anillos, despierta el ave aguda que desafiará el orden cósmico.

La estructura arborescente del universo se concreta luego en imágenes, no fundadas en el yo inestable sino en la raíz secular de sus vivencias.

VIII.— . . . las brisas, árboles de cantos.
 Mi corazón: terrible árbol de duelo,
 y árbol florido de ángeles el cielo.
 Mi conciencia es el árbol de las normas.
 Mirad mi lengua: el árbol de las paces.
 Mirad la nube: el árbol de las formas.
 Y el mar, que es el gran árbol de los peces.

Como signos zodiacales en la música celeste, van pasando las estampas de esta historia alucinante, siempre revivida. Ahora, la forma sibilina que no deja rastro, ha hecho al hombre depositario de su clave la copa fragante, en cuyos bordes tocan los labios nudos de serpientes y cuya luz cuaja en cabellera de medusa.

La visión barroca se reanima y colora, para caer de nuevo fulminada bajo el anatema metafísico.

X.—Ah, este cosmos que habito! Es orden puro.
 Pero es falso. Lo forja un duende oscuro
 que trabaja en mis ojos con linternas.

En versos sucesivos el cielo se irisa y el mundo sonríe. Timbres puros del sonido, refinamientos sutiles aplicados a la mecánica sideral con armonías panteístas.

XI.—De antiguo fuego astral la rosa es risa.
 Con pie de vidrio el tiempo estrellas pisa.

Maravilla.

La noche esferas firma; el logos canta
 en la eclipse.
 La selva habla en acanto, el monte en bruma.

Índice de clásica modernidad la síntesis de acto y substancia; el equilibrio de sus tensiones; el relieve de curvas y planos constructivos; la

simetría del soneto monumental arquitecturado sobre catorce composiciones como otras tantas unidades métricas.

Se acerca ya el crepúsculo.

XII.—Un tiempo vacuo llega a mí y arroja
 surcos sobre mi frente y lauro y lino.

Y estos versos de honda sugerencia:

. . . allí miro un ave roja:
 tiende al azar la diagonal del vino.

XIII.— . . . el astro al volcar su transparencia
 me asegltra el horror de que respíro.

Moñir joven es uno de los números de diamante y planes del Nous. El trágico fatum estrecha sus círculos sobre el ara ritual de las primitivas edades; arden las víctimas, y en un marco espectral y titánico oficia el hombre ante su Dios.

XIV.—Por fin los holocaustos. Humo denso,
 y horror, y ayes bestiales, rezos, mitos.
 Buñres hay que, asustados por mis gritos,
 graznan y esperan en peñasco inmenso.
 Junto a las llamas, con envidia pienso
 en los toros nevados y malditos
 que ofrezco al Dios, y en goces infinitos
 creo que arden mis músculos de incienso.
 Ruego al Dios que tal muerte quiera darme.
 Como la sacra bestia quiero alzarme,
 y en humo y llamas hacia el sol volverme,
 o en hombros de los altos astros irme,
 y en un instante en el azul perderme,
 antes que en vida sin cesar morirme!

Con religiosa orquestación concluye la rapsodia final de esta epopeya de los siglos, envuelta en un lampo de luz extraterrena.

Aun fragmentado lo que es por esencia indivisible, ha podido admirarse el fino psiquismo del ensueño tocando fondo en el ser; el aura esotérica; la emoción contenida de su verbo, y el arte que cincela en símbolos pervivientes, invariables de muy difícil concreción.

De su climax negativo asciende una mística aspiración de infinito; su nadir es vértice del espíritu y del alma universal. Esta poesía que logra transferir las interacciones del macrocosmos, descubriendo los nódulos

últimos de la realidad vital, constituye un elevado exponente en el moderno cánón estético de inmanencia y duración.

Paráfrasis de un motivo intemporal, enriquecido y depurado en sus complejos, sólo admitimos la categoría de *entretenimiento lírico* o *juego intrascendente*, como el autor la designa, en el sentido de que la urdimbre filosófica deja libre fluencia al lenguaje poético. *Un poème doit être une fête de l'Intellect*, dice Valéry. *Fête: c'est un jeu, mais solennel, mais réglé, mais significatif*. Y también: *La pensée doit être cachée dans les vers comme la vertu nutritive dans un fruit*.

La amplitud segura y la noble forma del canto han trascendido toda ciencia en gracia de la belleza, y más allá de los enigmas emerge la verdad innominada que inspira su creación. — Alicia Goyena.
